

LAS HISTORIAS NATURALES

JUAN PERUCHO

LAS HISTORIAS NATURALES



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Pepe Far

Primera edición en Edhasa Literaria: octubre de 2003

© Joan Perucho, 1960
«Este libro ha sido publicado por mediación
de Ute Körner Agent, S.L., Barcelona»
© Edhasa, 2003
Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.es>

Este libro se ha publicado con la colaboración
del Institut Ramon Llull  **institut
ramon llull**

ISBN: 84-350-0929-7
Depósito legal: B-29.411-2003

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Hurope, S. L.
Recaredo, 4. 08005 Barcelona
sobre papel offset crudo de Leizarán

Impreso en España

LAS VERDADES SOÑADAS

Ésta es una de las mejores novelas de la literatura catalana contemporánea, y también una de las más originales y divertidas. Un relato de aventuras, fantasía y humor como sólo podía escribir Juan Perucho, el maestro de la ficción mágica que entre burlas y veras nos hace participar de lo imposible como de algo consustancial a la vida.

Cuando se publicó este libro a fines de 1960 —el autor contaba entonces cuarenta años—, imperaban más o menos tiránicamente otras costumbres literarias: sumisos realismos, denuncias airadas, banderas en lo alto, novelas hoscas y útiles, en dos dimensiones, para que no cupiese la menor duda de lo que había que pensar. Cualquier otro intento eran evasivas culpables.

Por eso *Las historias naturales* fueron recibidas con silencios, educados remilgos y reproches de ser una extravagancia. Un poeta que echaba a volar la imaginación metiéndose a novelista, sabotando alegremente la realidad para transformarla en un juego de ambiguas sorpresas que permitían adivinar la cara impensable que ocultan las cosas más conocidas.

Hoy, cuando la vastísima obra de Perucho, traducida a innumerables idiomas extranjeros, le ha convertido en una de las grandes figuras de la literatura europea actual, nadie

se acuerda de todas aquellas incomprensiones, desplantes y críticas adversas; le ha bastado con seguir siendo él mismo, sin conformarse con menos, para que fuese la visión de los demás la que aceptase la suya.

Que es la de un mundo en el que lo maravilloso convive con lo más cotidiano y familiar con una soltura tan elegante y burlona que nos hace admitir lo inverosímil como el más sugestivo de los elementos de la experiencia; lírico y zumbón, travieso y refinado, sus fábulas insólitas tienen el encanto de lo que siempre habíamos intuido sin atrevernos a reconocer que era verdad.

El protagonista de esta historia es un sabio del siglo XIX, Antonio de Montpalau, empeñado en combatir la superstición en nombre de la ciencia. Lo que ahora le quita el sueño es clasificar un extraño pájaro, la «avutarda géminis», que tal vez, oh asombro, deba incluirse entre los mamíferos. Tal enigma le desazona, ya que lo inclasificable le parece un pavoroso riesgo mental, un hecho turbador que perpetúa el desorden. O la realidad se adapta a Linneo o nos hundimos en el caos.

Lo que sucede es que —según Perucho— hay realidades y realidades, y el buen Montpalau, que es joven, apuesto y valiente, se verá abocado a una gran empresa no poco paradójica: la persecución de un ser intrínsecamente inclasificable, o sea de los que la ciencia asegura que no pueden existir, un vampiro que causa estragos en cierto pueblo de Tarragona.

Y allá va nuestro héroe, pertrechado de su «criticismo metódico» para poner orden en el universo imponiéndole certidumbres racionales; se enfrenta así con el peor de sus enemigos, lo que por esencia repugna a la razón. Un

vampiro que exista irrefutablemente da jaque mate a las entendederas de un sabio moderno.

Antonio de Montpalau recurre a sus sabios colegas, que le asesoran en múltiples saberes científicos, pero para él lo decisivo será el valor y los recursos tradicionales, de una eficacia pasmosa: los ajos, el perejil, la verdolaga, el crucifijo, la astilla clavada en el corazón del monstruo y el espejo que lo descubre, porque en él no se refleja su imagen.

Todo eso es de carácter dudosamente científico, pero estamos en un territorio novelesco, y un escritor enamorado de las palabras y de su música, y de los ensueños que puedan suscitar, es capaz de convencernos de lo que quiera. La realidad se ensancha y se matiza infinitamente, y el humor y el misterio van abriendo puertas a lo increíble.

Persiguiendo al vampiro, que atiende por Onofre de Dip, Montpalau encuentra el amor —dulce condición sine qua non de las aventuras que merecen contarse—, atraviesa el Maestrazgo en plena guerra carlista, conoce y ayuda al general Cabrera y participa en uno de los asedios de Gandesa. La historia de su tiempo se mezcla insensible, insidiosamente, con la de tantos prodigios de los que no hablan las crónicas.

Y hasta acabamos por comprobar que también el vampiro, a pesar de su condición siniestra, tiene, como suele decirse, su corazoncito: lleva setecientos años de «vivir sin vivir, sin dormir normalmente, sin resfriarse, sin poder acariciar a un niño», y sólo ansía el descanso, la paz eterna y el perdón de Dios. A despecho de las apariencias, el fondo de los hombres y de los monstruos no deja de ser sencillamente humano.

Una vez todo resuelto, Montpalau se concederá una expansión desencantada: «No quedan ya misterios por descubrir». Finaliza el combate con las sombras imaginarias, que son las verdaderamente terribles, y que acaban por volver a lo oscuro, ya que no a la existencia. Triunfan el amor, la bondad, la vida, lo que debe ser, entre atisbos de tristeza, pero sin renunciar a la sonrisa que lo ilumina todo.

Las historias naturales, el primer gran deslumbramiento del escritor, fueron como la proclamación de la fantasía y de la libertad de las quimeras en medio de las cosas, a veces grises o trágicas que nos suceden; las verdades soñadas que son para el lector mucho más hondas, bellas y significativas de lo que pueden suponer los que nunca han leído a Peruchó.

CARLOS PUJOL

Al contemplar este fenómeno, yo confieso que no me tengo en menos que el más pintado, pero juro a tal que antes de trazarla con tal ente, haría bien mis mementos.

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO,
Apología de los palos

Pero ahora, con la declaración de la mayoría de nuestra excelsa Reina Doña Isabel II, empieza una nueva era que entrega todo lo pasado al dominio de la Historia.

TENIENTE GENERAL DON MANUEL
LLAUDER, MARQUÉS DEL VALLE DE RIBAS,
Memorias documentadas

Je rencontrai un jour, dit M. Decremps, dans un café de Londres, un bas Breton, nommé Kuffel, que j'avois connu autrefois au collège. Après les premiers compliments d'usage, je lui demanda i à quoi il s'amusait dans ce pays-là; il me répondit qu'il passait presque tout son temps à l'Academie. Je vous félicite de très-grand coeur, lui dis-je alors, je voudrois bien avoir le même bonheur que vous.

Encyclopédie méthodique

PRIMERA PARTE

I

EL NATURALISTA

El sol, a través de la vidriera, tomaba unos tonos dorados, azules, amarillos o rojos, según la pequeña forma geométrica que lo filtraba; y caía, en diagonal, a la gran sala, para reflejarse en el ojo de la monstruosa «scolopendra martirialis». Fuera, las finas columnas de la galería ascendían erectas, un tanto torturadas por el yeso de las guirnaldas, y servían de marco al jardín botánico, en donde cada planta y arbusto tenía un breve rótulo, escrupulosamente caligrafiado. A veces, cuando corría un poco de viento fresco, se percibía un rumor vegetal, insinuante y dulce, mezclado con un ruido de cartulinas que se restregaban las unas con las otras; entonces, de manera inesperada, el autómatas, impedido por algún resorte que se disparaba intentaba tocar la guitarra y movía los labios silenciosamente, sin ningún éxito. Lo habían arrinconado en la galería, hacía ya algún tiempo, cuando disminuyó la gran pasión por la mecánica recreativa, y fue sustituido por la nueva máquina de estampación de indianas.

El ojo colgaba casi fuera de su órbita. El iris brillaba con una cierta fosforescencia en la media penumbra, pero cada día, a la misma hora, cuando la luz venía a tocarlo,

se ponía duro y preciso, y toda la masa de cristal adquiría una significación maligna y obsesiva. Podían verse reflejadas las sedas de las tapicerías que recubrían las paredes de damasco dorado, con pequeñas manchas de humedad algo florecidas por los años, y la alfombra de Bangkok, regalo del archiduque de Austria, cuando éste escapó de Barcelona poco tiempo antes de la gran catástrofe. Más allá, el ojo se esforzaba por seguir el graciosísimo vuelo detenido del «áurea picuda», tan coquetamente adornada de bellos colores, o ponderaba el pelaje apolillado del «simius saltarinus», comprado a Jefuda, el judío, por Jaime Salvador, el gran botánico que comenzaba a burlar astutamente, por amor a la ciencia, los preceptos del Santo Oficio. El ojo recogía en particular la imagen del «otorrinus fantásticus», animalito muy feroz, que disparaba, a regular distancia, unas pequeñas pero mortíferas púas, como saetas envenenadas. Provenía de Asia. Mucho más allá del ojo y fuera de su alcance, estaban las vitrinas llamadas «macabras», con restos humanos reducidísimos: cabezas, orejas, labios extrañamente disociados de la estructura del rostro, vagos recuerdos de protuberancias fállicas, todo con una repulsiva cualidad de organismo viviente. Provenía de las selvas americanas. El ojo, sin embargo, exasperaba su violencia ante las flácidas «ténies intestinalis», que, sumergidas en un líquido amarillento e indefinible, dentro de botes de cristal, se movían con pausa y cadencia a la más pequeña trepidación. En noches de luna llena, una sombra se recortaba contra los cristales de la galería, y, sin explicación satisfactoria, penetraba en la amplia estancia del museo y se dirigía hacia las formas viscerales.

Del techo colgaba, sin peso casi, ligera y delicada, una gran lámpara de Venecia, llena de reflejos; y podían verse en las paredes cuadros de ignorados artistas que representaban a Linneo, Arnaldo de Vilanova; el maestro Jaime Salvador, de joven; el caballero de Lammark-Boucher y de la Truanderie, así como el de su primo Antonio de Montpalau, noble barcelonés, propietario de excelentes colecciones de historia natural y del palacio en donde éstas se albergaban, y el cual, por su arrogancia, su posición y su dulce habla, desasosegaba los sueños matrimoniales de las doncellas aristocráticas de la ciudad. En un ángulo de la sala, precisamente encima de una librería pequeña, colmada de infolios y manuscritos, un diploma de la Junta de Comercio nombraba con todos los honores a Antonio de Montpalau y de la Truanderie miembro selecto de la benemérita y doctísima corporación.

Tosió discretamente, como excusándose. Después, con natural elegancia, rondó entre los cadáveres, observando algún que otro detalle. Se dirigió a la puerta y salió al vestíbulo. Una vez en la escalinata dio una ojeada al «Courrier des Sciences», y desde allí, también por una ventana del patio, a un fragmento de la graciosa «áurea picuda». Los palafreneros, después de hacer dar la vuelta al carruaje habían enganchado los caballos, y el cochero, con la portezuela abierta, aguardaba respetuosamente. Había sido una gran idea, sin duda, y muy de acuerdo con su sentido del progreso, instalar la plataforma giratoria, para que el coche, una vez libre de los caballos, pudiese, en el reducido vestíbulo dar la vuelta y quedar listo para la partida.

Dio las gracias a Amadeo, y dijo:

—No, quiero estirar un poco las piernas.

Ahora, el problema era, exactamente, si la «avutarda géminis» debía ser clasificada entre los mamíferos o no. Jaime Salvador, con toda su sabiduría, no se había manifestado, y en la reunión del último miércoles, en la Junta, se había podido apreciar que el parecer de los ilustres colegas era absolutamente discordante. Se necesitaría, acaso, consultar a Madoz y Fontaneda, quien, desde Sevilla, mantenía contactos con naturalistas de las Américas. ¡Quién sabe! Todo era cuestión de experimentación. Sin un ejemplar auténtico de la «avutarda géminis» era verdaderamente imposible pronunciarse. Aparte esto, no cabía más que la hipótesis; o, como decían los colegas de edad prolecta, fantasías. Es preciso partir de los datos de la razón y de la observación científica. Sí, aquella noche escribiría a Madoz y Fontaneda, conocido por «el Divino».

Atravesó la calle de Lledó y la placita de San Justo, y se internó en un laberinto de calles tortuosas, de caprichoso trazado. De vez en cuando debía arrimarse a un muro, para dejar paso a un carruaje o para esquivar los cestos chorreantes de los pescaderos, que, descalzos y haciendo equilibrios entre la gente, pasaban con la mercadería sobre sus cabezas.

Prosiguió su camino hasta llegar a las obras de apertura de la nueva calle que el conde de España, unos años antes, había dedicado a la nefasta memoria de Fernando VII. Allí estuvo un rato, contemplando las casas que estaban siendo derruidas y las que, simultáneamente, se edificaban. Pensó que, en el futuro, había de meditar sobre los posibles avances de la construcción, ya que era evidente que los maestros de obras trabajaban con una rutina y, sobre todo, con unos métodos de los tiempos de Mari Castaña.

Fue a parar al Llano de las Comedias, donde grupos de menestrales y de payeses comentaban los acontecimientos de la guerra carlista. Había ciegos que vendían romances, y unas mujeres despechugadas ofrecían por dos ochavos el retrato del general Mina y la litografía iluminada de su estómago devorado por un cáncer.

Faltaba poco para mediodía. El sol acariciaba las fachadas de las casas y el empedrado de la Rambla de Santa Mónica. El cielo era límpido y de un azul transparente. En un esfuerzo titánico, el «áurea picuda», en su rigidez, intentaba entonar su canto irresistible, en homenaje al caballero de Montpalau; pero la acústica no era favorable, y la gente, aparte de las canciones de moda de significación política, sólo se complacía en escuchar los aires de la «Fattucchiera», de Vicente Cuyás, joven de veintinueve años, que moría tristemente, el mismo día y a la misma hora en que su ópera era aplaudida con delirio en El Principal.

Permaneció un momento triste y pensativo. Recordaba haber leído, no sabía dónde, que los elegidos de los dioses mueren jóvenes. Pero el espectáculo, aunque fuese in mente, de la juventud sacrificada le deprimía. Procuró desviar sus pensamientos hacia el campo preferido, y consideró cuán largo y dificultoso era aún el camino para conseguir la completa clasificación de las especies animales. Si, al menos, el régimen del país fuese estable y las gentes serviles no se pusieran de acuerdo para hacer triunfar la reacción y la intolerancia. Se sintió, súbitamente, inflamado por sus convicciones liberales.

Había llegado al Baluarte de las Pulgas. Más allá del cuartel de las Atarazanas, la tropa maniobraba, y por su aspecto y por las precauciones que tomaba la guardia se

apreciaba que algo no marchaba en la ciudad. Los soldados vestían uniformes de color azul y colorado, con cartucheras de cuero pintado de blanco y gorros altísimos. Cada dos por tres había revueltas y alborotos, ejecuciones o asesinatos. El país estaba en plena efervescencia. Todavía podían verse ruinas y edificios ennegrecidos por el fuego. El pueblo llano cantaba:

Salieron seis toros.
Todos fueron malos.
Por este motivo
conventos quemaron.

Se apoyó en la balaustrada y contempló la mar en calma. Se divisaban seis navíos, uno de los cuales enarbolaba pabellón británico. Pasó una «gavinis comunis», chillando, en vuelo rasante. Se hizo un silencio perfecto. Allá arriba, en Montjuich, tremolaba la bandera. Surgieron unos acordes arrebatadores, pero inaudibles, absolutamente inexistentes. Aparecía la imagen de Riego, y el himno, y la Constitución de 1812. Podía verse a los carlistas y la ciudadela y al general O'Donnell desplomándose, con la sangre que fluía, lenta y absurda. Fluía, vertiéndose sobre los adoquines. Pasaban los milicianos y las canciones patrióticas, y se gritaban vivas a la reina. Volaban «gavinis comunis» y «avutarda géminis», la especie indeterminada, chillando, moviendo las alas sobre los pórticos de la casa de Xifré, recién estrenados. Se saboreaba el gusto salobre del mar, y un optimismo delirante alternaba con un fúnebre pesimismo. Todo el mundo movía las alas y gritaba. Sólo la ciencia permanecía impassible, más allá del bien y del mal. Sólo la ciencia. Conjuraba las

sombras y la ignorancia, y las reducía a luz y a progreso. Había, sin embargo, sombras que parecían irreductibles; sombras que provenían de parajes montañosos, informúladas todavía, pero que esperaban el momento propicio para concretarse, y que algunas veces se habían insinuado, lívidas y espectrales, detrás de los cristales o en forma de murcié-lago.

Dio media vuelta y se sacudió los codos de la levita. Caminó baluarte allá, hacia el Llano de Palacio. Se oyeron unos disparos lejanos, aislados. Del lado de Gracia subía una humareda, negra y espesa, preludio de la libertad o del oprobio. Un instante después sonó una descarga.

Un pinzón vino volando y se detuvo en un abrevadero. Bebía ávidamente y con movimientos graciosos. Después dio dos o tres saltitos y se limpió las plumas con el pico. Se dio cuenta de que le contemplaba de hito en hito.

Entonces fue cuando percibió el canto del «áurea picuda». Era algo armonioso e inefable, algo como el amor y la fraternidad humana o como el amor a la ciencia, y venía del cielo o de las Islas Encantadas.

Cuando abrió los ojos, el pinzón había desaparecido.

II

LA PLANTA CARNÍVORA

El antifaz puede ser negro o rojo. Las cinturas se oprimen bajo la violencia del corsé, aunque éste no sea indispensable. Una sonrisa aparece detrás del ópalo de una copa. Hay grandes espejos en los muros; espejos que dejan entrever, durante un instante, la gracia matinal de una nuca horripilada o la cabeza inclinada sobre el «billet d'amour», o el bigote engomado. Precisamente ahora comienza el gran «duetto», la grande, la emocionada escena del amor imposible, con ruinas italianas como telón de fondo, y con besos furtivos, miradas lánguidas, guantes olvidados en los palcos proscenios. Al final es posible que prospere el alboroto del pistoletazo con rojas rosas vivas sobre el almidonado de la pechera. No suele ser frecuente, sin embargo. La sociedad, aunque se trate del estamento noble, es provinciana. Vale más pensar en navíos, en los «schipchandlers» del barrio de Rivera, en el oro que viene de las Antillas y en las primeras fábricas de vapor. Existe una gran tradición de capitanes y de pilotos. Son cuatrocientas singladuras: ni una más ni una menos. En las fachadas pueden verse las banderas multicolores del código de señales: nube rosada que envuelve la brújula, la goleta, el cordaje, el pejepalo,

nombres de bajeles como «La Estrella Polar», diarios de navegación sin estrenar y las cartas a la familia. Los obreros entran en las fábricas a las cinco de la mañana, y se llevan la comida, y hacen el recorrido a pie por calles solitarias. Los aprendices de comercio se amodorrán sobre los mostradores, y se afanan con la media cana y a encomiar el género. Salen solamente los domingos, con un real en el bolsillo, y han de regresar antes de la cena, a la hora del rosario. Se cuenta también, naturalmente, con el estamento militar y los hombres de ciencia y el clero. Suenan, majestuosos, los órganos de la Seo, y se organiza una lenta procesión, con cirios encendidos, charanga y las corporaciones, entre ellas la Real Academia de Ciencias y la Universidad, trasladada recientemente desde Cervera.

El aire se estremeció. Una gran risotada del diablo, con exhalaciones de azufre, hizo trizas, por precursión, el calidoscopio traído expresamente de Palermo, tierra de ópticos. Diminutas figuras fantasmales corrían entre los fragmentos de cristal, saltaban los obstáculos, para desaparecer finalmente. Apareció la señal del Alfa y la Omega.

Entonces, Antonio de Montpalau se abrochó un botón del chaleco de seda lionesa, obsequio de su prima materna la baronesa de Néziens. Después, tomando con dos dedos un cristal de roca y observándolo a contraluz, dijo a Novau:

—Realmente, el problema de si la «avutarda géminis» es mamífero tiene un interés excepcional para mí. Es un animal misterioso. Existe un precedente, claro está, en el «vampiris diminutus», dicho de otro modo y vulgarmente «murciélago». Corren muchas leyendas sobre este animalito, verdaderamente curiosas y notables, sobre todo en los Balcanes, que hacen referencia a la imaginada y no

comprobada capacidad succionadora que este mamífero tiene para la sangre humana.

Novau, capitán de marina mercante muy experimentado, estaba un poco nervioso. Conservaba todavía el recuerdo de la desagradable inmovilidad, un tanto impertinente y angustiosa, del ojo de la «scolopendra martirialis». Era como si en el interior de la retina apareciese una terrorífica escena de la selva misteriosa. Escupió por un colmillo.

Estaban sentados en el Jardín Botánico. El aire era fresco y perfumado; y la luz, de un color verde suavísimo. Desde aquel rincón podían distinguir perfectamente al autómatas, detenido en una inexplicable gesticulación, así como el artefacto textil, algo oxidado por las lluvias.

—La «avutarda géminis» proviene de las Américas —prosiguió Antonio de Montpalau—. Según algunas informaciones, no garantizadas del todo, posee unas excepcionales cualidades terapéuticas para el mal de piedra, la diarrea galopante y la inflamación del bazo. La segunda vértebra de la cola, comenzando a contar por la extremidad del apéndice, posee, una vez bañada en licor rebajado de mandrágora, unas virtudes de las cuales yo, personalmente sin comprobación experimental, me permito dudar. Un tío valenciano de mi amigo Arnulfo de Viladomat afirmaba que una vez habiendo pernoctado en Pernambuco un Jueves Santo contempló, con permiso del Ordinario, la curación multitudinaria de unos negros atacados por la malaria, lo cual no sería particularmente interesante si no hubiera intervenido, a instancias del curandero oficial, la virtud curativa de la citada «avutarda géminis». Naturalmente, como comprenderás, no creo en estas historias, y

me propongo, desde ahora, demostrar científicamente la falsedad de todo aquello que sea simplemente fantástico.

En este momento se percibió una extraña vibración que parecía provenir de un árbol muy próximo, de follaje esplendoroso y espesísimo. Primero, las ramas comenzaron a oscilar y fueron descendiendo a medida que la vibración se fue haciendo más fuerte, Novau tuvo un sobresalto y se levantó precipitadamente de la silla de mimbre.

—Es la hora del almuerzo —dijo nuestro caballero, perfectamente inmutable—. Se trata de una curiosa especie de arbusto carnívoro. No temas. He hecho muchos sacrificios para poder aclimatarla a nuestra tierra. Winckelmann, un naturalista alemán, de probado prestigio, me escribió, hace ya tiempo que el gabinete de Física de Su Real Majestad pagaría, en el acto, diez onzas de oro para poseer un pequeño esqueje.

Mientras pronunciaba estas palabras, Antonio de Montpalau dio unas palmadas, con mucha pulcritud, y acudió Silverio, el lacayo encargado de las plantas. Traía una enorme ratonera de alambre, con una gran multitud de ratas de alcantarilla dentro, que chillaban rabiosamente.

Silverio abrió la ratonera a poca distancia del tronco, y se apartó prudentemente. Fueron saliendo las ratas, vacilantes, aturdidas por la vibración, y seguidamente se desplomaron con rapidez las voraces ramas. No escapó ni una. Lentamente, el árbol volvió a recuperar su posición; y, una vez digeridas las ratas, se abrieron las hojas y cayeron al suelo los diminutos esqueletos color de marfil viejo.

Siguió un largo silencio. De la galería del palacio vecino de los Bonaplata llegaron unos aires de pavana, tocados delicadamente al clavicordio por Ramoncito, el heredero

del linaje, que tuvo un hijo de tapadillo con Pepita la camarera, aquella que enviaron a la masía de Sarriá, precipitadamente, y murió de sobreparto.

El clima de beatitud era perfecto. La planta carnívora se dejaba acariciar dulcemente por la brisa y el atractivo melódico. Todo adquiriría un cariz intemporal.

Novau hizo un esfuerzo para despabilarse y bostezó ampliamente. Isidro Novau y Campalans era, como hemos dicho, un capitán de marina mercante muy competente, pero algo silencioso. Medio pariente de los Montpalau, descendía de una ilustre estirpe que, como la de nuestro protagonista, había tomado partido, en los años de desgracia, por la causa del archiduque. Cuando era niño pasó largas temporadas con una tía abuela, en la villa de Lloret; de entonces data su obsesión marinera. Cursó los estudios de náutica en Barcelona y en Cádiz, y navegó como piloto por los mares de las Antillas. Antes de conseguir el título y el puesto de capitán sufrió tres naufragios, en los cuales estuvo a punto de despedirse, de una vez para siempre, de su querida tía abuela. Un día que navegaba hacia Malta, y estaba de guardia sobre cubierta, tuvo la oportunidad, no otorgada a todo el mundo, de ver, cara a cara, el espantable pez Nicolás, el famoso «pesce Cola» de los genoveses. A la mañana siguiente, cuando se levantó, pudo ver, al mirarse en el espejo, que tenía, sino toda, la mitad de la cabellera blanca como la nieve, cosa que favoreció notablemente su físico. Ahora residía en Barcelona, como huésped de su pariente Antonio de Montpalau, curándose de una complicada enfermedad contraída por no probar, durante mucho tiempo, vianda fresca.

—Mañana, querido primo —dijo Antonio de Montpa-

lau—, iremos a la finca de Gracia. De paso pulsaremos las opiniones liberales, y veremos cómo están las cosas en esa afamada villa.

—Como quieras —respondió Novau—. Creo que el viaje me probará.

Pareció como si quisiera añadir algo, pero no dijo nada. Al otro lado de la planta carnívora, bajo las arcadas de la galería, una sombra se movía lentamente. Creyó que se trataba de un defecto óptico. Pero ya había desaparecido.

Los dos caballeros se pasearon entre las fanerógamas. De tanto en tanto, cogían un guisante de olor y aspiraban su fragancia. Se acercaba la hora de ir a almorzar.

Cuando abandonaron el Jardín Botánico para entrar en el comedor les sorprendió un intenso olor a azufre. Sobre la alfombra, Antonio de Montpalau vio los fragmentos del calidoscopio. Quedó un buen rato meditando.

Detrás del antifaz, negro o rojo, la sombra emitía una risa macabra. Se iba deshaciendo en el aire, misteriosamente.

III

EL CAFÉ DE «LA LIBERTAD»

Gracia es una villa de gran tradición liberal, la cual, años más tarde, se concentraría y personalizaría, simbólicamente, en su famosa campana y en el popular semanario evocador de la gloriosa torre del reloj. El marqués de Sallent, en sus memorias, nos describe la villa, menestral y progresista, como un baluarte inexpugnable de la libertad. «Basta –dice– un graciense, inflamado por sus convicciones, con un arma al brazo y una pared a su espalda, para poner en fuga a los odiosos pelotones de las fuerzas ocultas de la reacción.» El marqués de Sallent murió en una emboscada carlista, peleando como un león, en las cercanías de Campdevánol. El periódico «El Joven Observador», que publicaba la Junta de Berga, comentó que, con su muerte, la Revolución había perdido a uno de sus capitostes más abominables y feroces, y se congratulaba –por ella misma, como por su paternal Majestad– de tan señalada victoria.

Hacía un día espléndido. El caballero de Montpalau y su primo salieron por la mañana de Barcelona hacia Gracia. La atmósfera era milagrosa, tersa como la seda, y los contornos de las cosas se recortaban con una precisión extraordinaria.

Estaban ya acomodados en el carruaje. Novau portaba bajo el brazo un estuche de caoba barnizada, con unas iniciales de oro artísticamente incrustadas. Lo depositó, con gran cuidado, en el portaequipajes.

—Son las pistolas —dijo.

El caballero de Montpalau no contestó de manera explícita y se limitó a afirmar con la cabeza. No obstante, le pareció que su primo se excedía.

Salieron por la Puerta Nueva, camino de las huertas. Los caballos comenzaron un trote ligero, retozonamente, y Amadeo, de cochero, se sentía tan feliz que no pudo evitar el canturrear melódicamente por lo bajo.

Los huertos se extendían a un lado y a otro de la carretera, y de vez en cuando aparecía una dorada masía de piedra, amplia y majestuosa, con geranios en las ventanas. Se respiraba una paz campestre y todo el mundo se sentía muy alegre.

Cuando se aproximaban a Gracia distinguieron un grupo de milicianos que almorzaban al pie de la carretera, bajo un emparrado. Tenían un gran porrón de vino tinto sobre la mesa. Uno de ellos les hizo señal de que se detuviesen. Examinó el salvoconducto del capitán general, y los dejó pasar.

Llegaron a Gracia sin novedad. Atravesaron la población a la carrera, llenando las calles del gran alboroto que producía el carruaje, y volvieron a salir al campo de nuevo, por el lado opuesto, dirigiéndose hacia la montaña donde la familia de Montpalau poseía, desde tiempos remotísimos, la finca conocida por el nombre de su masía, Cal Perdiu. Esta finca estaba compuesta por un gran edificio, con esgrafiados en la fachada y un gran reloj de sol bajo la cámara,